



# Monos al desnudo

Silvestre Manuel Hernández\*

A cuarenta años de la publicación de *El apando*, última novela de José Revueltas (1914-1976), escrita en la Cárcel Preventiva de la Ciudad de México entre febrero y marzo de 1969, la temática y el rigor escritural de la obra no han perdido vigencia. En ella, al igual que en sus trabajos precedentes, apreciamos a un autor preocupado por el hacer y actuar del hombre, así como una lectura política de la función del espacio público.

Tal inquietud es sintetizada en desgloses literario-filosóficos cuya reflexión se inscribe en la trascendentalidad del momento experimentado con las drogas o el sexo, que a fin de cuentas son formas de apropiarse del cuerpo y evadir la opresión que impera en la vida. Y, en el fondo, son trazos de la contingencia, de ese *estar por suceder* en cualquier circunstancia, en medio de lo innecesario que apura al tiempo. “Sin embargo, la circunstancia no nos pertenece: no somos libres de que nos pertenezca, ni siquiera en el caso de que nosotros mismos podamos haberla creado”<sup>1</sup>. De esto, lo inevitable y la linealidad del relato para abordar “lo individual” desde

las contradicciones, la incertidumbre y las intenciones frustradas, y desembocar en un punto donde lo verdaderamente humano sólo puede realizarse con la muerte<sup>2</sup>.

*El apando* plasma la realidad carcelaria que conoció Revueltas a lo largo de su vida, tomando el “modelo” de lo visto en el Palacio Negro de Lecumberri<sup>3</sup>. En la escritura se exhibe la miseria de lo humano en cuanto ser finito y contingente, restringido por la temporalidad, a expensas de la degradación de lo poco que podría conservarse de “hombre” en

*El apando plasma la realidad carcelaria que conoció Revueltas a lo largo de su vida, tomando el “modelo” de lo visto en el Palacio Negro de Lecumberri.*

un espacio enajenado por un poder que transforma a las personas en *monos* y *monas*, en aras de la muerte consustancial al *ser apandado*. Y en medio de eso, el deseo de escapar a la inmediatez gracias a los estupefacientes más comunes de los presos.

La novela expone el caos existencial de los internos y pone en juego la personalidad de cada miembro, al describir la animalización de los deseos e instintos humanos; la singularidad de la obra no se diluye en una falsa esencia humana, sino que “comulga” con los conflictos del individuo en cuanto ser recluso y seccionado interna y externamente. Aquí, Revueltas saca a flote las zonas más profundas y complejas de los personajes y evidencia el entrecruzamiento de “lo sano y lo enfermo”, de lo que resulta una literatura ácida y horrorosamente bella, construida con los elementos más sórdidos de la sobrevivencia de los reclusos.

Desde una apreciación metafórica, *El apando* es el refractario de la sociedad, donde todos somos prisioneros y nuestros cuerpos están predispuestos a los vicios y a las torturas, pues, de forma con-

\* Investigador en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, ciudad de México. Miembro del Comité de Redacción de *TOPODRILO*, UAM-I. Publicaciones en el área de filosofía, literatura, sociología y teoría literaria. silmanhermor@hotmail.com

creta o alegórica: “el hombre prisionero por sus actos y el hombre prisionero de sus actos”<sup>4</sup>, representa la imagen desgarradora de la condición humana, que incluye a la mujer como víctima y causante de situaciones insalvables. La madre del protagonista, esperpento que desea la muerte de su hijo para ya no ver cómo arrastra su humanidad envilecida, alza su petición llena de misericordia, pero también de repugnancia y cólera. En esta creación literaria se manifiesta la idea de la pérdida de la libertad física como elemento de cambio hacia la emancipación total, inmersa en los caprichos mentales.

En cuanto concentración del instante literario, *El apando*, amén de estar escrito en un solo párrafo que denota la tensión y el enclaustramiento donde la respiración se acorta, es concebido como obra límite que enfrenta al personaje con lo vil de la experiencia, con lo que lo predispone al mal o lo destruye, y donde la realidad está tomada en sus extremos, en cuyo interior yacen los protagonistas, y donde: “Todo era un no darse cuenta de nada. De la vida. Sin darse cuenta estaban ahí dentro de su cajón, marido y mujer, marido y marido, mujer e hijos, padre y padre, hijos y padres, monos aterrados y universales”<sup>5</sup>. A través de la animalización, el autor presenta una imagen degradada de lo humano, una exposición de las fuerzas que trabajan detrás de esas manifestaciones animalescas, impulsos que producen y explican la interrelación establecida entre el animal y el hombre.

Sus personajes están en el extremo exacto entre dejar de ser y seguir siendo seres humanos, en el punto de irradiación del desprecio de la humanidad contra sí misma, contra todas esas personas delimitadas, exacerbadas. Sus luchas internas tienen una salida trágica que los ancla en lo concreto, en ese encajonamiento donde el tiempo se consume en el espacio rectangular, vigilando a los otros *monos*, mentándoles la madre, en espera del “alivio”. Pues: “Lo que él quiere (Revueltas), es presentar en el texto sin omisiones, sin complementos ni válvulas de escape, el ‘movimiento interno propio’ de lo real”<sup>6</sup>. Donde no hay ninguna pretensión de embellecer lo real, de sublimarlo, culturizarlo, exorcizarlo, de volverlo digerible, agradable, sino dejarlo tal cual: micro espejo de lo social, he ahí su valor. Y de esto, la inferencia de la realidad en su movimiento dialéctico, sin dicotomías entre el bien y el mal, sólo opuestos interpenetrados: contradicciones objetivas del ser humano, la sociedad y la historia.



Lo enunciado se ejemplifica con “El Carajo”, alma perversa, ruin, infame y abyecta, quien se reafirma y adquiere su “libertad” frente a *los otros* al delatar y degradar a su madre. Asimismo, supera la sensorialidad erótica de Albino y Polonio, entes cuya naturaleza es la vulneración, al adquirir plena conciencia de su cuerpo y de su sangre, de lo que se es y de lo que se quiere. Aun por encima de su presencia: “Ya que valía un reverendo carajo para todo, no servía para un carajo, con su ojo tuerto, la pierna tullida y los temblores con que se arrastraba de aquí para allá, sin dignidad”<sup>7</sup>. En él, la libertad, en cuanto categoría opuesta a la infamia, la humillación y la ignominia de estar preso, es superada por la apropiación de la carne y la disposición al goce y la evasión a través de la droga, que en cierta forma es una aproximación a la muerte desde los falsos suicidios que lo llevan a la enfermería, y por ende a los estimulantes. Desde un enfoque normativo, esta *figura* es un instrumento crítico de seres y situaciones, pero también una noción ética de la realidad.

Protagonistas degradados al nivel ínfimo de la humanidad. Así, “El Carajo” y su madre sufren una animalización absoluta, amor-odio, afirmación-negación; mientras que Albino y Polonio son re-

*A través de la animalización, el autor presenta una imagen degradada de lo humano, una exposición de las fuerzas que trabajan detrás de esas manifestaciones animalescas, impulsos que producen y explican la interrelación establecida entre el animal y el hombre.*

tratados en su bestialización pura, instinto sexual (con Meche, con La Chata) y placer por la droga. Sin embargo, todos son símbolos de *eso ominoso* que cubre la novela, en compañía del desamparo del hombre ante el destino, frente a una realidad baja y hostil, donde la carga humana desborda cualquier matiz anecdótico. Por ello, *El apando* arroja el cosmos de la prisión donde reos y carceleros están igualmente presos, como animales en absoluto: *mona* y *mono*. Los *monos* son el Estado, los vigilantes, pero también los *monos* detenidos (presos). Con esto, el escritor alude a la *incompletud* del individuo contemporáneo, al “hombre previo, un pre-hombre, hasta que no encuentre su libertad en una sociedad sin clases, en una sociedad socializada”<sup>8</sup>.

Por su parte, la prosa, referencial, denotativa, enmarcada por la vulnerabilidad inminente, devela ese *ser-para-la-muerte* del apandado, cuya temporalidad pende de los vértices de la muerte, la droga y el placer. Y el sufrimiento, lo absoluto, es vivido como instancia inmanente al mundo del apando. El discurso reafirma los *sentidos* que puedan encontrarse en los pliegues textuales, pues en el autor nada es ingenuo ni gratuito, cada palabra tiene una intención dependiente de la estructura, un *peso* en el develamiento de las pasiones. Esto da por resultado un lenguaje: “agrio y desolado; oscuramente bello. Es bello porque responde a necesidades artísticas; es atroz y corrosivo en cuanto representa un mundo objetivo, cruel e insensato, insolapable con el lenguaje neutro”<sup>9</sup>, el cual tiende a la formación de una atmósfera ígnea donde los personajes se consumen en la turbiedad de su existencia.

El escritor construye un universo simbólico rotundo, trascendente a lo esporádico del recurso metonímico, en cuanto que el simbolismo se inscribe en la interpretación intelectual, donde la narración excede lo evidente, “el mundo carcelario”, y se orienta hacia la reflexión filosófica de estar presos en la vida<sup>10</sup>. La idea del mundo como cárcel conlleva el fatalismo del hombre, quien únicamente se realiza al adquirir conciencia de su extinción, de su transitoriedad, de su carácter de “mono universal”.

En *El apando* Revueltas tiene el deseo de decirlo todo de una vez, de volcar en el lector su *mirar interno del otro*, donde se conjuntan los designios del sentir, la piel y los instintos; quiere mostrar lo extraño y turbador de la existencia de los apandados. A su vez, parece asumirse el peso de la historia, de los hombres; ver la humanidad en su divergencia, en su pluralidad desgarrada, y con ello crear una obra límite para exponer sus propias dudas, su fe y su desesperanza sobre lo que representa el “mono enjaulado”<sup>11</sup>. Criaturas, hilachos subhumanos, finitos, contenedores del amor hecho horror y repulsión, vuelto drama de una realidad fusionada con la fuerza imaginativa, el vigor y la sensibilidad del “escritor-filósofo”.

## Conclusión

La novela de José Revueltas nos muestra el compromiso del escritor con la palabra, con lo que en ésta se revela del ser humano. Con la puesta en juego de las pasiones se abre el camino al dolor, un dolor *verdadero*, verosímil, nacido de la experiencia. Sufrimiento que “jamás es trivial, [pues] supone una medicina trascendente; [asimismo] pide cuentas, exige relaciones, preguntas, solicita una narración”<sup>12</sup>. E implica una lucha entre razón y sentir, en aras de una *idea* de lo que es el hombre y la función de la literatura para aclarar tal concepto.

*El apando* sobrepasa la vida común y corriente de la “geometría represiva”, del dolor, de la proximidad de las criaturas gracias al sexo y la consecuente inmersión en la catástrofe, del vacío de la existencia sin drogas. Y muestra la virtud de la cárcel para desnudar al hombre, para “ponerlo en su propia esencia”, ruin, elevada y sucia al mismo tiempo, pero siempre intrascendente a la mundanidad. Narración que se remonta a la realidad última, casi cósmica, en cuya sima yace la verdadera prisión; ahí donde el género humano se metamorfosea en *monos* y los instintos se potencian, desnudando la miseria interna que cubre el cuerpo corrompido.

1 Revueltas, José, "Mi posición esencial", *Antología personal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 9.

2 Al escritor duranguense le era más familiar la muerte que la vida, el dolor que la alegría; a pesar de esto, siempre estuvo del lado de los desposeídos, de los marginados. Pero también fue un ser capaz de jugar, de hacer reír, de irse de parranda y ver el lado jovial de la vida, aun en la pluralidad desgarrada del acontecer humano.

3 Téngase presente que Revueltas vivió en un reformatorio. Su primer encierro fue en la Correccional, en noviembre de 1929, a la edad de quince años, por haber izado la bandera roja en el asta del Zócalo durante un mitin del Partido Comunista. Estuvo dos veces en las Islas Mariás; la primera por cinco meses, en 1932, a la edad de dieciocho años; la segunda antes de cumplir los veinte, en 1934; parte de sus vivencias fueron vertidas, literariamente, en su novela *Los muros de agua*, 1941. Pasó dos años y medio en Lecumberri a raíz de las acusaciones que se le hicieron por su participación en el movimiento estudiantil de 1968. Sin embargo, para él las cárceles eran como una beca, un lugar en donde se dispersaba menos y podía escribir.

4 Carballo, Emmanuel *et al.*, *Revueltas en la mira*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1984, p. 23.

5 Revueltas, José, *El apando*, México, Era, 1989, p. 14.

6 Escalante, Evodio, *José Revueltas. Una literatura del lado moridor*, México, Era, 1979, p. 27.

7 Revueltas, José, *El apando*, edic. cit., p.15.

8 Sáinz, Gustavo *et al.*, *Conversaciones con José Revueltas*, México, Universidad Veracruzana, 1977, p. 41.

9 Torres, Vicente, *Visión global de la obra literaria de José Revueltas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 39.

10 Cabe mencionar que el relato, "especializado en la prisión", se aprecia, además de en el texto en estudio, en la novela *El luto humano*, 1943, que traza las situaciones límite entrecruzadas por el amor, el hambre, el asesinato, el odio y la esperanza. Aquí, la prisión es afectiva, moral, religiosa; los hombres se encuentran en la cárcel del mundo y de sí mismos, deambulando por un destino desesperado, violento, alejado de Dios e indiferente para la historia. Por su parte, el cuento "Hegel y yo", 1971, también participa de esta vertiente. En él se aborda la cuestión de la memoria, presa entre las "paredes de la mente", los muros de la cárcel; traída y llevada entre el mundo abominable y placentero; y "se pregunta" por el tiempo del hombre libre y del prisionero.

11 Religiosidad y ateísmo comulgan en Revueltas; la primera, es el *re-ligamiento* con el ser humano; lo otro es la no creencia en un ser trascendente y salvador de las miserias humanas. Y ambos desembocan en la aceptación del sufrimiento como única libertad del individuo, preso en la cárcel, en el mundo con los otros, o preso de sí mismo.

12 Castañón, Adolfo, "José Revueltas: piedad y tragedia", en *Arbitrario de literatura mexicana*, México, Vuelta, 1993, p. 480. Los corchetes son míos.